

Tetãgua Sapukái: la insurrección obrera en la guerra civil paraguaya de 1947.

Castells, Carlos.

Cita:

Castells, Carlos (2017). *Tetãgua Sapukái: la insurrección obrera en la guerra civil paraguaya de 1947. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/477>

XVI JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Mar del Plata, 9 al 11 de agosto de 2017

MESA Nro. 84

"La clase obrera en Argentina y América Latina: estrategias, experiencias y formas de abordaje".

Coordinadores: N. Iñigo Carrera, S. Martínez, G. Pérez Álvarez.

Título de la ponencia:

Tetãgua Sapukái: la insurrección obrera en la guerra civil paraguaya de 1947

Autor: Carlos Castells (UnaF – INIL-CONICET)

Para publicar en actas

¿Veis esos marineros aún vestidos de pólvora;
y esos duros obreros cuya sangre de fuego
circula como un río de encendidas raíces
bajo el denso quebracho de sus torsos?

Herib Campos Cervera, *Regresarán un día...* (1947)

Introducción

La historia del movimiento obrero paraguayo, en el período abarcado entre la Guerra del Chaco y la consolidación de la dictadura de Alfredo Stroessner (1955-1960), aún está por hacerse. Dentro de una producción historiográfica ya de por sí más escasa que en otros países de la región, el estudio de los trabajadores y el mundo del trabajo ocupa un lugar aún más marginal. Los pocos trabajos de historia social de los trabajadores se han centrado mayormente en el período liberal (1870-1932) o en el período de la dictadura stronista y en los primeros años de la transición (1965-1995)¹. En el medio de ambos períodos queda el vacío de las décadas centrales del siglo XX, cuando el movimiento obrero paraguayo alcanzó su máxima expansión (en cantidad de afiliados, en capacidad organizativa, en capacidad de convocatoria, etc.). Se trata de una época de grandes conflictos

¹ Milda Rivarola, *Obreros, utopías & revoluciones* (Asunción: Servilibro, 2010) y Roberto L. Céspedes, *Autoritarismo, sindicalismo y transición en el Paraguay (1986-1992)* (Asunción: Novapolis / Arandurá Editorial, 2009), valen como ejemplos.

sociales y políticos, en el que los trabajadores organizados tuvieron un rol en el escenario político del país que no alcanzarían en ningún otro período de la historia paraguaya. Este trabajo es un primer intento de recuperar parte de esa historia inexplorada de los conflictos sociales en este país. El hecho político que marcaría el derrotero del movimiento obrero paraguayo de aquellos años sería la revolución del 17 de febrero de 1936, golpe cívico-militar que destituiría al presidente liberal Eusebio Ayala, dando comienzo a los gobiernos militares nacionalistas, en primer término al gobierno del Cnel. Rafael Franco, uno de los destacados oficiales paraguayos durante la guerra. El golpe, llevado a cabo por un sector del victorioso ejército del Chaco, fue entusiastamente apoyado por el movimiento obrero, que comenzó una rápida reorganización. Ilegalizadas por el régimen liberal desde 1931, luego del fracaso del conato insurreccional de aquel año, la militancia sindical no guardaba ninguna simpatía por el gobierno liberal. Pero además, desde los ideológicamente conflictivos años veinte y potenciada en los años de guerra con Bolivia, una profunda mutación ideológica se había llevado a cabo entre los dirigentes gremiales paraguayos. La prédica patriótica y nacionalista había hecho mella en la mayoría de ellos y atrás quedarían los años del antimilitarismo y antibelicismo, mientras que al mismo tiempo crecía la influencia del Partido Comunista Paraguayo. Cuando entre febrero y marzo de 1936 explotó la reorganización sindical, que daría lugar a la fundación de la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT), mucho había cambiado desde 1931. En primer lugar, la histórica división del movimiento obrero paraguayo entre anarcosindicalistas y socialistas-reformistas parecía haber caducado definitivamente: salvo algunas figuras aisladas, la mayor parte de los dirigentes sindicales ya se encontraban bajo la influencia del PCP, y era unánime la posición por la unidad del movimiento obrero, en torno a una sola central sindical. En segundo lugar, se abandonaba abiertamente la “prescindencia política”, y se tomaba expresa posición por la intervención del movimiento obrero en la política nacional, lo que ya había quedado manifestado en el declarado apoyo de la CNT al gobierno del Coronel Rafael Franco. En tercer lugar, y abrevando directamente de la Comintern, el movimiento obrero paraguayo hacía suyo un programa político democrático-burgués, nacionalista y anti-imperialista que confluía en muchos puntos con el de sectores radicalizados del ejército y facciones desencantadas de la dirigencia política liberal. Finalmente, esta confluencia entre el movimiento obrero, fuertemente influenciado por el comunismo, y facciones cívico-militares en donde la admiración a los regímenes italiano y alemán era muy común, se encontraba fuertemente tensionada por la disputa ideológica que dominaría en aquellos años entre fascistas y antifascistas.

Movimiento obrero y militares nacionalistas

Una febril actividad sindical acompañó, sirviendo de contexto social, el golpe cívico-militar del 17 de febrero de 1936. Los viejos delegados sindicales, aquellos que habían participado de la vida sindical hasta que la represión liberal del año 31 ilegalizó sus sindicatos e intentó reemplazarlos por sociedades de socorros mutuos, una vez terminada la guerra y junto a nuevos militantes obreros, comenzaron a reorganizarse. Durante toda la guerra había funcionado, en la clandestinidad, el Comité Sindical Clasista, organizado desde el Partido Comunista. En el exterior, muchos dirigentes sindicales exiliados de la misma orientación participaban en los “Comités anti-guerreros”, que aunque tuvieron escaso éxito en su prédica anti-bélica jugaron el importante rol de hilo rojo continuador de una red de militancia social de la preguerra que continuó una vez terminada la misma. Es así que agrupaciones sindicales de orientación comunista ocuparon el vacío dejado por los sindicatos disueltos y fueron fundamentales en su reorganización².

Entre la segunda quincena de febrero y el mes de marzo se reorganizaron los sindicatos de ferroviarios, panaderos, zapateros, albañiles, cocineras y mucamas del servicio doméstico, molineros, foguistas fluviales, estibadores de comercio, obreros del calzado, cerveceros, tranviarios (que incluía a los trabajadores del sector eléctrico), y especialmente, el aguerrido y enorme sindicato marítimo. Todos estos sindicatos, a su vez, se adhirieron y enviaron delegados a un Comité Pro-Confederación Nacional de Trabajadores. Al mismo tiempo, la actividad sindical sumaba a nuevos sectores de trabajadores, antes no alcanzados (como los trabajadores de los enclaves obreros y tanineros), y adquiría asimismo una extensión nacional inédita, teniendo filiales o centros regionales en ciudades y pueblos del interior del país, como Concepción, los puertos chaqueños, Villarica y Pilar³. La Convención de la Confederación Nacional de Trabajadores se reuniría a inicios de marzo, de la que participarían 37 sindicatos, y de la cual fue elegido Francisco Gaona, representante del sector reformista y dirigente de los ferroviarios, como secretario general. En su Comité Ejecutivo figuraban prominentes referentes del PCP, como Tomás Mayol. La Convención emitía un comunicado oficial de apoyo al gobierno de Franco⁴.

² Oscar Creydt, *Formación histórica de la Nación Paraguaya. Pensamiento y vida del autor* (Asunción: Servilibro, 2007), pp. 183-184. Francisco Gaona, *Introducción a la historia gremial y social del Paraguay, tomo III* (Asunción: Germinal / Arandurá Editorial, 2008), p. 30 y ss.

³ Archivo Gaona, documentos varios, 1936.

⁴ La Convención fue hecha de manera apresurada, y al calor de sindicatos todavía en etapa de reorganización, por lo tanto no se trató de un verdadero congreso de delegados sino más bien de un Comité o Comisión organizada por un grupo de sindicalistas entusiastas y relativamente representativos. El primer Congreso Obrero se realizaría recién en 1939.

Bajo la influencia del Partido Comunista, la definición ideológica y el programa político de esta militancia sindical se basó en los principios programáticos del VII Congreso de la Comintern, que apuntaba a la formación de “frentes populares” anti-fascistas y anti-imperialistas, a alianzas policlasistas de carácter progresista. En este sentido, para el PCP –y a pesar de su declarado anticomunismo– el gobierno de Franco se presentaba como la encarnación de un movimiento democrático-burgués que apuntaba a la modernización del país terminando con su estructura atrasada y “feudal”, y en consecuencia, no dudó en manifestarle un apoyo crítico⁵.

No obstante este acercamiento inicial, las tensiones entre los dirigentes sindicales y las fuerzas nacionalistas del ejército no tardarían en presentarse. El coronel Franco, referente de los sectores más radicalizados del ejército nacionalista, no confiaba ni en el movimiento obrero ni en el Partido Comunista, a los que entendía como excesivamente “independientes”. A pesar del acuerdo en la política social y previsional, ya desde este momento se comenzaba a manifestar una diferencia fundamental en el heterogéneo movimiento nacionalista entre aquellos sectores burgueses, representados en la oficialidad del ejército, que pretendían someter a las organizaciones populares -el movimiento obrero sobre todo- a la tutela del estado y del gobierno, coartando su autonomía. Esta tensión explotó rápidamente en el gobierno febrerista, que no toleró que el movimiento obrero rechace una ley que, entre muchas otras implicaciones, ponía en discusión el derecho a huelga⁶.

Esta conflictiva relación alejó a Franco del movimiento obrero, al que no tardó en reprimir. En mayo de 1936 la detención de los principales dirigentes sindicales de la CNT y del Partido Comunista desató una huelga general, de escaso éxito, que sin embargo logró detener en parte el avance patronal. El coronel Franco, indignado, pronunció un discurso contra los “agitadores que simulan adhesión al gobierno revolucionario para infiltrarse en las filas de las masas obreras y organizar entre ellas la máquina infernal de los demagogos que operan de concierto con la internacional Roja...”⁷. Al tiempo que atacaba a los dirigentes sindicales combativos, progresaban las intervenciones llevadas a cabo por el recientemente creado Departamento de Trabajo. Esta doble vara, esta política de la zanahoria y el garrote, se transformaría en un elemento característico de los gobiernos nacionalistas.

⁵ Oscar Creydt, *Formación histórica...*, pp. 178-182; Humberto Rosales, *Historia del Partido Comunista Paraguayo 1928-1990* (Asunción: s/d, 2009), Antonio Bonzi, *Proceso histórico del Partido Comunista Paraguayo. Un itinerario de luces y sombras* (Asunción: Arandurá Editorial, 2001).

⁶ Se trata del decreto-ley N.º 152, del 10 de marzo de 1936, que, entre otras cosas: identificaba al Pueblo con la Revolución, y al gobierno con el estado de la República, se emparentaba con los gobiernos “totalitarios de la Europa contemporánea”, creaba el Departamento de Trabajo, disponía la intervención del este departamento en los conflictos del Capital y el Trabajo, pero prohibía por un año la actuación de toda organización civil que no esté tutelada directamente por el estado.

⁷ José C. Rodríguez, *El Paraguay bajo el nacionalismo* (Asunción: El Lector, 2010), p. 34.

La reacción anticomunista y antiobrera de mayo a octubre de 1936 liquidó rápidamente la faceta más radical del gobierno febrerista, abriendo el camino a la reacción oligárquica, que se produjo en agosto de 1937, con la destitución de Franco y su reemplazo por una pseudo restauración liberal, tutelada por el ejército, dónde ya hegemonizaba una logia reaccionara autodenominada “Frente de Guerra”, curiosamente antiliberal y de simpatías por el Eje. La dirección del ejército nacionalista pasaba a manos del sector más derechista del mismo, preocupado por restaurar el orden conservador y poco dispuesto a entenderse con líderes gremiales y populares. Esta insólita coalición liberal-militar, sin embargo, no tendría más salida que fomentar la candidatura de José Félix Estigarribia, el prestigioso general del ejército vencedor del Chaco, cercano al Partido Liberal, pero de ideas claramente corporativas y conservadoras.

En todo caso, con las expresas “garantías” de mantenimiento de algunas de las conquistas y la continuación de la política mediadora del Departamento de Trabajo, la actividad sindical continuó bajo el mismo clima represivo anticomunista del gobierno destituido. En este contexto, en mayo de 1939 se produjo el llamado *Primer Congreso Obrero del Paraguay*, y bajo fuerte vigilancia policial y el control atento del entonces ministro del interior, Higinio Morínigo, se llevó adelante la Asamblea Constitutiva de la Confederación de Trabajadores del Paraguay (CTP), nombre que debió adoptar la central debido a la prohibición del gobierno de la utilización del adjetivo “nacional” en una organización no dependiente del estado.

El Congreso Obrero no fue ajeno a la disputa ideológica que dominaba la agenda política de la época, signada por el peligro del avance fascista y la guerra en España: ya en su participación en la CTAL, el sindicalismo paraguayo había formado parte de la campaña anti-fascista internacional, liderada nuevamente por la dirigencia comunista⁸. Fragmentarios son los registros de dicho congreso, que fue atropellado por la policía, que incautó los papeles y posteriormente los quemó. Según algunas declaraciones, el ministro del interior prohibió expresamente que el congreso se manifieste contra el nazi-fascismo. Participaron en el mismo, delegaciones del ejército y la iglesia, que hicieron uso de la palabra. El teniente coronel Rolón, por el ejército, llamó a la “unidad nacional” y denunció “las ideas exóticas que quieren perturbar la vida institucional del país”⁹. A pesar de estas presiones, los dirigentes sindicales no sólo denunciaron el peligro fascista sino que incluso, leyeron los mensajes enviados por sus principales referentes en el exilio, Mayol y Gaona¹⁰.

⁸ Carta de la SG de la CNT al Consejo de Delegados, 29 de abril de 1939 (Archivo Gaona).

⁹ Francisco Gaona, *Introducción ...*, p. 202.

¹⁰ Informe del CE al Congreso Constituyente de la CTP, 28 de mayo de 1939 (Archivo Gaona).

Las definiciones “antifascistas” del Congreso Obrero no cayeron bien en los sectores reaccionarios del ejército nacionalista, y en uno de sus principales interlocutores, el Gral Higinio Morínigo, ministro del interior; evidenciando nuevamente la distancia que separaba a ambos proyectos políticos.

Esta diferencia, sin embargo, no supuso grandes conflictos en un primer momento. Los dirigentes sindicales, orientados por el Partido Comunista, no dudaban en ubicar al Frente de Guerra como su enemigo principal. Pero a pesar de ello, y a tenor con la campaña a favor del “panamericanismo de Roosevelt” que recorría a todos los partidos comunistas del continente en aquel momento, vieron en Estigarribia un posible contrapeso a la camarilla derechista del ejército. Efectivamente, uno de los principales puntales de apoyo del prestigioso militar era la diplomacia norteamericana. Estigarribia, a la hora de asumir como presidente, volvía de EEUU con un crédito ya firmado y con acuerdos comerciales y de asistencia técnica ya aprobados por la potencia del norte. Apoyado por Roosevelt, entonces, con la esperanza de una restauración constitucional y con las promesas de respetar las organizaciones sindicales, la CPT decidió apoyar el gobierno del “héroe conductor” de la guerra¹¹. La resolución tomada por la CPT se justificaba en los términos de las promesas de normalización institucional, apertura democrática, reconstrucción nacional, liberalización política, y adhesión a la “política democrática y pacifista del gran presidente Roosevelt, que constituye una sólida garantía para nuestra independencia y nuestras instituciones, amenazadas por el fascismo y la reacción obscurantista”¹².

Las esperanzas de un gobierno “democrático” y “progresista”, sin embargo, serían rápidamente defraudadas. A pesar de ello, y cuando Estigarribia, una vez en el poder, mostró claramente su faceta autoritaria y antidemocrática (con la disolución del Congreso y la sanción de la Constitución, referéndum mediante, de 1940, de tinte corporativista), ni la CTP ni el PCP le retiraron su apoyo. En un clima de “tregua política” (que impedía la libre actuación de los partidos políticos), de censura, y formalmente prohibido el activismo de izquierda, sin embargo, tanto la prensa como la actividad sindical fueron relativamente respetadas. El sindicalismo prosiguió en su reorganización y el presidente recorrió los establecimientos industriales tanineros, se interesó por la situación de los trabajadores e hizo promesas de intervención. El corporativismo de Estigarribia, si bien lo distanciaba de la democracia parlamentaria, lo acercaba a los reclamos sindicales, con los que se entendía mejor.

¹¹ Alfredo Seiferheld, *Estigarribia. 20 años de vida política paraguaya* (Asunción: Servilibro, 2011), p. 369

¹² CTP, 29 de julio de 1939, (Archivo Gaona). También, en Alfredo Seiferheld, *Estigarribia...*, p. 370.

Si Estigarribia era visto como un contrapeso frente al peligro del Frente de Guerra, la trágica y sorpresiva muerte de aquel en un accidente aéreo en 1940, y la ascunción de Higinio Morínigo como presidente, hizo que los peores miedos del sindicalismo se hicieran realidad. Antiliberal, anti-partido, anticomunista y de conocidas simpatías hacia las potencias del Eje, Morínigo fue para la dirigencia sindical la llegada del fascismo al poder.

La dictadura del Gral. Morínigo y el movimiento obrero

Con algo de suerte, mucho pragmatismo y bastante habilidad política, este general del ejército lograría mantenerse en el poder más que ningún gobernante paraguayo desde el siglo XIX, aún sin terminar de resolver el problema de la crisis política e institucional del país. Sin partido, su dictadura militar contó con el apoyo del “Frente de Guerra” dentro de las fuerzas armadas, de los intelectuales católicos conocidos como “tiempistas” en el frente ideológico-político, de la diplomacia norteamericana en el plano internacional y, desde 1943, del gobierno militar argentino en el plano regional. Esas fuerzas de apoyo no eran compatibles entre sí: la diplomacia norteamericana desconfiaba de las simpatías fascistas del Frente de Guerra y recelaba de su acercamiento a los gobiernos de Farrel y Perón.

En el contexto obrero, hubo atropellos contra dirigentes sindicales y persecución de activistas, y se intentó, como en el caso de sus antecesores, descabezar la cúpula sindical y someter a la CTP a la tutela estatal. La CTP esta vez reaccionó. Al contrario que con Franco o Estigarribia, para la dirigencia comunista y filo-comunista de la CTP la convivencia con el “fascista” de Morínigo era imposible. Una nota editorial, en el vocero de la confederación, denunciaba que con declaraciones de supuestas reformas sociales y políticas en beneficio obrero, “buscan ilusionar a las masas y burlar su vigilancia combativa y que “bajo el señuelo de una hipócrita postura obrerista, se pretende descabezar al movimiento obrero, como primer paso para liquidar la independencia sindical y el derecho vital y pleno de organización obrera”, para finalmente, y “sobre ruinas, levantar los Sindicatos Mixtos de obreros y patronos, como en la Italia de Mussolini”¹³.

Pocos días después de la salida de este documento, se iniciaba la huelga general. La mayor entidad sindical del país, la LOM (Liga de Obreros Marítimos, federación de sindicatos fluviales), se encontraba en huelga por causa de un decreto que habilitaba a la Prefectura General de Puertos, organismo bajo tutela militar, a dirimir conflictos gremiales, salvo en casos de conflictos salariales. Dicho organismo desde hacía algunos años venía intentando romper el control sindical en buques y

¹³ CTP, diciembre de 1940 (Archivo Gaona).

puertos, y aprovechando un estado de debilidad de la LOM (de la cual acababan de separarse algunas organizaciones), avanzó sobre ella. El 8 de enero, ante la continuidad del paro de los marítimos iniciado a fines de diciembre de 1940, Morínigo sancionó un decreto de “tregua sindical” (decreto N° 4.545, 9 de enero de 1941), que prohibía el derecho a huelga y congelaba los convenios colectivos por un año. Al día siguiente, se establecía el toque de queda y se prohibían las reuniones de personas en la vía pública. La CPT reaccionó llamando a la huelga general por tiempo indeterminado, en solidaridad con los marítimos y contra la tregua sindical. El gobierno respondió con otro decreto que movilizaba a todos los obreros declarados en huelga, sometiéndolos al código penal militar (decreto-ley N° 4591, 10 de enero de 1941).

La huelga general fue un fracaso. Si bien las primeras 24 hs el paro fue acatado en gran medida (barcos, trenes, tranvías, colectivos y camiones, el paro en el transporte fue total), y los trabajadores se enfrentaron al poder militar-policial, la huelga se fue apagando los días siguientes. Los mismos marítimos fueron quiénes, 24 hs después, volvían mayoritariamente al trabajo. La represión, la mala lectura de la correlación de fuerzas, la escasa preparación y los errores en la agitación, son algunos de los motivos del fracaso, según plantea F. Gaona poco después¹⁴. Como consecuencia de la huelga, con más de 200 dirigentes obreros arrestados y confinados en Peña Hermosa, el movimiento obrero paraguayo volvió a quedarse sin una centralización de tercer grado, la CTP dejó de existir. En el marco de una vuelta a la clandestinidad, los dirigentes sindicales comunistas y febreristas se reagruparon en torno a un Comité de Defensa Sindical, formado a base de lo que quedaba de la dirigencia de la CTP, que después (a mediados de 1941) se transformó en el Consejo Obrero del Paraguay (COP).

Mientras tanto, la política del gobierno apuntaba a suplantar a la dirigencia comunista en los sindicatos por elementos más negociadores. En este sentido, mientras reprimía masivamente a la CTP, en el marco del DNT, Morínigo convocó a dirigentes sindicales, entre ellos el anarquista Ciriaco Duarte¹⁵, conformando un Consejo de Reorganización Sindical, que intervino efectivamente reorganizando sindicatos disueltos y centrales obreras en distintas zonas del interior del país, logrando la sanción de leyes como la que implementaba el salario mínimo, la que creaba el IPS (Instituto de Previsión Social), la que obligaba a las empresas extranjeras a contratar obreros paraguayos (Ley de Nacionalización del Trabajo) y la que exigía la Libreta de Sanidad para facilitar

¹⁴ Francisco Gaona, *Introducción...*, p. 305.

¹⁵ Ciriaco Duarte, dirigente sindical de tendencia anarquista, fue de los pocos dirigentes sindicales de esa corriente que no terminaron confluyendo en el PCP en los años treinta. Al contrario, desde el periódico “Emancipación”, salido a la luz en época de Estigarribia, se dedicó a criticar asiduamente a los comunistas, alegando que habían transformado a la CTP en un instrumento del partido. Su posterior colaboración con Morínigo avivó aún más las disputas entre ambos sectores.

la atención médica de los trabajadores. Se controlaron además los precios, se eliminaron definitivamente los “vales” de las empresas latifundistas, e incluso se obligó a algunas empresas a indemnizar a obreros perjudicados en el ámbito laboral. Sin embargo, en poco tiempo, y presionado por los latifundistas por el avance de los obreros dentro del DNT, esta campaña de políticas sociales quedó detenida.

“Primavera democrática”

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial el equilibrio inestable de fuerzas que servían de apoyo a Morínigo se veía fuertemente afectado. La derrota del Eje hundió a sus partidarios en el Frente de Guerra, que perdieron terreno en las fuerzas armadas. Al mismo tiempo, Morínigo comenzó a ganarse, primero de manera solapada y luego abiertamente, el apoyo de la tradicional y conservadora ANR (Asociación Nacional Republicana, más conocida como Partido Colorado). Partido rural y tradicional, nació en la posguerra de la Triple Alianza y bajo su égida se reconstruyó el país, de cuyo gobierno fueron desalojados por los liberales en 1904, después de una sangrienta guerra civil. De ideario tradicionalmente liberal y republicano, y de tendencia conservadora en lo político, el partido sufrió una profunda mutación en los años treinta y cuarenta, ganando fuerza en su interior un sector ultranacionalista y antiliberal, liderado por el intelectual derechista Juan Natalicio González.

Desde 1943, Natalicio González colaboraba con Morínigo desde Montevideo, con informes detallados de la actividad de los grupos opositores exiliados en dicha ciudad. La colaboración daba enormes frutos, la ANR crecía a pasos agigantados, por un lado beneficiándose de la política social de la dictadura (consiguiendo beneficios para sus afiliados, o ganando nuevos mediante prebenda), como al mismo tiempo manteniendo una oposición meramente formal, que le permitía evitar someterse a la autoridad dictatorial.

Liderando el sector vanguardista en la colaboración con Morínigo, Natalicio González había creado una organización paramilitar, una fuerza de choque ultraderechista dentro del partido, que rápidamente tomó el nombre de “Guión Rojo”, por un supuesto distintivo de ese color usado por sus miembros. Así como el Frente de Guerra fue el símbolo del “fascismo criollo” durante los años 36-45, los miembros del Guión Rojo o “guionistas” serían la imagen sintetizadora de la violencia fascista en los años posteriores. En febrero de 1946, vista la hegemonía que la alianza comunista-febrierista¹⁶ tenía en el ámbito sindical y obrero, el Guión Rojo decidió crear su propia organización

¹⁶ “Febreristas” eran llamados aquellos dirigentes políticos y sindicales que simpatizaron y adhirieron al gobierno del Cnel. Franco, de los cuales el sindicalista Francisco Gaona fue uno de los más destacados. Luego de la destitución de

sindical, dispuesta a disputarles la dirección del mismo. Surgía así la ORO, Organización Republicana Obrera, bajo la dirección del guionista Enrique Volta Gaona.

Hacia mediados del año 1946 la dictadura no soportó la presión conjunta de los EEUU, la movilización popular urbana y los partidos de oposición, en pos de una salida democrática. Nuevamente, fue en el ejército donde se decidió la interna que obligó a Morínigo a ceder. El 9 de junio de 1946, el Tte. Cnel. Enrique Giménez, ligado a la ANR, se sublevó ante su superior, el comandante Victoriano Benítez Vera, del Frente de Guerra. El triunfo finalmente fue logrado por los insurrectos y Benítez Vera debió buscar asilo en la embajada brasileña. La caída del “Frente de Guerra” provocó el ascenso de los militares “institucionalistas”¹⁷, que obligaron a Morínigo a cambiar el rumbo de su gobierno, precipitando de esta forma la llamada “primavera democrática”. La dirección del ejército nacionalista pasaba a manos de sectores más moderados, abiertos a la normalización institucional del país.

La apertura democrática –más bien, una liberalización– se produjo rápidamente: en el siguiente mes de julio fueron derogadas las leyes de prensa y de tregua política, y se conformó un “gobierno de coalición”, formado por los febreristas, la ANR y los militares institucionalistas en un sistema de “equidad ministerial”, siguiendo Morínigo como presidente, aunque con un poder muy disminuido¹⁸. Se trató del único momento (fugaz, de sólo medio año) de efectiva presencia de libertades políticas en todo el período de la historia paraguaya comprendido entre 1931 y 1989.

En este contexto, la actividad sindical volvió a florecer y volvieron a surgir nuevas asociaciones sindicales de tercer grado, en este caso ya claramente partidizadas. El Consejo Obrero del Paraguay (COP), bajo dirección comunista-febrerista, que ahora podía reunirse abiertamente, logró reunir a 60 sindicatos, la casi totalidad de los que había en el país¹⁹. Por otro lado se encontraba la mencionada ORO, que todavía se encontraba muy lejos de aquellos en cuanto a representatividad. La fuerza de los colorados seguía estando en el interior rural: caudillos y comerciantes con sus clientelas campesinas.

Franco lograron aglutinarse en un partido, llamado Concentración Revolucionaria Febrerista. De carácter ambiguo, su programa puede definirse como socialista-reformista, y en décadas posteriores terminarían vinculándose con la socialdemocracia. La poca claridad de sus definiciones hacía, sin embargo, que los dirigentes sindicales de esta extracción política terminen siendo orientados por el Partido Comunista Paraguayo, cuyo programa era muy similar, y al cual lo ligaban además, la práctica de frente popular anti-fascista que llevaban adelante en aquellos años.

¹⁷ Militares apartidarios, muchos de ellos anti-partido (y sobre todo, antiliberales), que proponían el llamado a una Asamblea Constituyente y la reorganización institucional del país, de acuerdo a los nuevos tiempos desde la derrota del Eje.

¹⁸ La exclusión de liberales y comunistas se justificó en términos legales, ya que ambos partidos estaban proscritos en la legislación vigente. La razón más profunda era, sin embargo, que ambos partidos eran muy resistidos por la cúpula del ejército.

¹⁹ Las relaciones laborales en el Paraguay, Informe de la Organización Internacional del Trabajo, 1995 (Madrid: Centro de Publicaciones, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995).

A pesar del clima de “libertad”, la “primavera democrática” no sería un período precisamente pacífico. Las fuerzas policiales y represivas del régimen –con el aval de la embajada norteamericana– mostraban una parcialidad manifiesta hacia el Partido Colorado, tolerando los constantes ataques y abusos de los guiones rojos que atacaban las marchas de los otros partidos, violentaban abiertamente los locales de medios críticos, y perseguían con el consentimiento de la policía a estudiantes y dirigentes sindicales comunistas. El conflicto alcanzaba, además, a los miembros del gabinete, con el enfrentamiento y las acusaciones cruzadas entre febreristas y colorados.

Mientras los colorados fortalecían sus posiciones en los cuarteles y en las organizaciones represivas, los febreristas manejaban la Previsión Social y el DNT, y aprovechaban los resortes del estado en su relación con el movimiento obrero. En este sentido, y a pesar de los continuos ataques, durante el gobierno de coalición la ORO apenas sí sería más que un pequeño apéndice derechista dentro del movimiento sindical, alcanzando hacia inicios de 1947, según sus propios dirigentes, unos 2.422 afiliados repartidos entre Asunción y el interior del país²⁰. A su lado destacaría la fuerza del COP, cuya articulación con los ministros febreristas sería decisiva, mientras los comunistas comprendían la mitad más aguerrida de la organización y le marcaban la orientación ideológico-política. Según algunos documentos partidarios, el PCP –que por primera vez en su historia podía actuar libremente– contó diez mil afiliados en mayo de 1946 (un crecimiento que estimaban diez veces superior al de diez años atrás), en su enorme mayoría obreros, y dirigía 30 de los sindicatos del COP, entre ellos algunos muy importantes, como los del transporte y los de las industrias tanineras del norte²¹. El 1° de mayo de 1946 el COP realizó un acto en el Estadio Nacional, al que concurrieron unas 20 mil personas. Fue el más importante acto político-sindical del año 46²².

Por una disputa ministerial, a inicios de 1947 se produjo la retirada de los febreristas del gobierno de coalición. Esta decisión desató una crisis política y los jefes del ejército, convocados por Morínigo, decidieron, bajo la instancia de los “institucionalistas”, la retirada de la ANR del gobierno. La posición era que debían participar en igualdad de condiciones ambos partidos, o de otra manera, debían los militares asumir el gobierno para garantizar la “apertura democrática”.

Morínigo, sin embargo, hizo caso omiso de la decisión de la mayoría de los jefes militares y en connivencia con los máximos referentes de la ANR volvió a tomar la iniciativa después de medio año de figurar como un títere: propició el autogolpe cívico-militar del 13 de enero de 1947 y ordenó

²⁰ Enrique Volta Gaona, *La Revolución del 47* (Asunción: edición del autor, 1982), p. 66.

²¹ Humberto Rosales, *Historia...*, p. 18.

²² Las relaciones laborales en el Paraguay, 1995, p. 66.

el apresamiento de los principales referentes de los militares “institucionalistas”, en especial su líder, el general Vicente Machuca. Se terminaba pues, el orden militar nacionalista. Comenzaban los tiempos del Partido Colorado en el poder. Pero el ejército no estaba vencido. Si bien los colorados habían fortalecido sus posiciones estratégicas en las fuerzas armadas, muchos oficiales de alto rango sangraban por la herida, la inmensa mayoría de la oficialidad media y baja en servicio simpatizaba con el febrerismo o era anti-partido, y muchos oficiales tenían contactos abiertos con los partidos opositores, ya sea el febrerismo, el liberalismo o incluso el comunismo. El abanico de posibilidades de competencia política abierto por la “primavera democrática” quedaba así reducido, finalmente, a la salida armada. Si Morínigo y la ANR pensaban que la crisis política había sido resuelta a su favor, se equivocaban mucho.

La guerra civil

El autogolpe colorado-moriniguista propició que se conformara lo que los comunistas venían militando desde hacía tiempo: un frente popular formado por el ejército nacionalista (representando en la oficialidad media radicalizada), los febreristas y el mismo Partido Comunista, al que no tardó en adherirse, aunque con reticencias, el Partido Liberal.

El 7 de marzo de 1947 un grupo armado febrerista realizó un asalto fallido al cuartel central de Policía de Asunción. Al día siguiente la guarnición militar de Concepción, ciudad ubicada al norte del país, se sublevó en contra del gobierno. Su programa, formulado por dirigentes febreristas y comunistas, consistía en la apertura democrática, normalización institucional, convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente, medidas contra la carestía y para el mejoramiento de la calidad de vida del trabajador, etc. Se formaba a este efecto un gobierno provisional con sede en Concepción. El día 15 del mismo mes, un grupo comando formado por miembros del PCP (entre ellos, algunos dirigentes marítimos) asaltó el local comercial de una compañía norteamericana, llevándose un transmisor de radio, que sería utilizado posteriormente en las comunicaciones oficiales de los rebeldes²³. El levantamiento de Concepción rápidamente encontró eco en otras unidades del norte y, además, en la totalidad de las unidades ubicadas en el Chaco.

Comenzaba entonces la guerra civil, que se extendería entre principios de marzo y fines de agosto y que terminaría con el saldo de miles de muertos y exilio de miles de personas. Se trató de la guerra fratricida más importante de la historia paraguaya: al contrario de las guerras civiles de la etapa

²³ Enrique Volta Gaona, *La revolución del 47*, p. 79.

liberal, en este caso “ya no pelearon milicias campesinas acaudilladas por patrones estancieros, sino oficiales profesionales formados, armados y endurecidos en tres años de guerra internacional”²⁴.

El liderazgo del movimiento revolucionario recayó en oficiales medios del ejército, radicalizados, y fue hecho en nombre de la apertura democrática y de la normalización institucional. Sin embargo, los oficiales “subversivos” que se levantaban con la bandera “institucionalista”, no permitieron que los altos oficiales identificados con dicha posición (desplazados por el autogolpe) se pusieran al frente de la misma. Renegaban de la moderación de los jefes institucionalistas, cuya labor negociadora y seguidista a Morínigo, había propiciado el avance de los colorados. El capitán Bartolomé Araujo, el iniciador del conflicto con la toma de Concepción, era contacto de los comunistas, su hermano militaba en el partido. El coronel Alfredo Galeano, que tomó el mando de la rebelión luego de ser liberado de su prisión militar en Peña Hermosa, estaba preso por sus “conspiraciones febreristas”. El coronel Antonio Ramos, ya retirado, estaba afiliado al Partido Liberal. El teniente coronel Saldívar Villagra, el oficial de mayor rango que dirigiría la revolución, provenía de los destacamentos del Chaco y había sido dado de baja por Morínigo en los reacomodos de fuerzas ante la purga de institucionalistas. El mayor César Aguirre, otro de los principales oficiales del levantamiento, era acusado –aunque probablemente se trate de una simple calumnia descalificadora- de comunista.

En todo caso, la presencia de dirigentes comunistas –ya sea como orientadores o como participantes iniciales de la rebelión – fue rápidamente utilizada por la propaganda oficial del gobierno. Enrique Volta Gaona, miembro del Guión Rojo y dirigente de la ORO, denunciaba por la radio nacional abiertamente que al “malón ruso de Concepción” le opondrían “Dios, Patria, Libertad y Familia”²⁵. El mote de comunista era un problema para la campaña propagandista (sobre todo en el plano internacional) de los rebeldes, que en sucesivas entrevistas e informaciones en medios nacionales o internacionales no dejaron de marcar el carácter estrictamente “apolítico de renovación democrática” del movimiento.

A pesar de esto, la influencia de los comunistas en el desencadenamiento de la rebelión y en su orientación inicial resultaban indudables. Un día después del autogolpe, el régimen de Morínigo comenzaba la caza de brujas comunista. La cárcel de Asunción, en pocos días, comenzó a llenarse de opositores –mayormente comunistas-, miembros del Comité Ejecutivo del PCP y del COP. Peña Hermosa, la prisión militar ubicada río Paraguay arriba, en el norte del país, también era otra concentración de presos opositores, muchos de los cuales, al ser asaltada la prisión por las fuerzas

²⁴ José C. Rodríguez, *El Paraguay bajo el nacionalismo*, p. 70.

²⁵ Carlos Gómez Florentín, *La guerra civil de 1947*, p. 25.

rebeldes, su sumaron a la misma. La participación de los obreros paraguayos en el bando rebelde también fue muy importante, destacándose sobre todo los obreros de la industria taninera del norte, que se sumaron al ejército rebelde de Concepción, y los obreros marítimos, de destacada participación en la rebelión de la Armada.

A mediados marzo, estabilizada la situación bélica, se calculaba que las fuerzas rebeldes contaban con más de tres mil hombres, armados y equipados, y casi trescientos oficiales, más camiones y vehículos²⁶. Desde un primer momento, y gracias a la militancia comunista, dos mil obreros del quebracho (provenientes de las fábricas tanineras del norte) pidieron sumarse a los rebeldes, pero los jefes militares se negaron a admitirlos. Creían que la rebelión debía de ser puramente militar. No obstante, la duración del conflicto haría que no tardaran en sumarse tiempo después, a pesar del recelo inicial, así lo consigna un documento de la embajada norteamericana²⁷.



Mapa 1: República del Paraguay. Elaboración propia.

²⁶ Carlos Gómez Florentín, *La guerra civil de 1947*, p. 36.

²⁷ Alcibiades González Delvalle, *El drama del 47: documentos secretos de la guerra civil* (Asunción: El Lector), p. 220.

Las fuerzas del gobierno, inferiores en cuanto a oficiales y tropa profesional, eran muy superiores en armamento –poseedores del arsenal del ejército y proveídos de manera poco disimulada por el gobierno peronista– y en número de combatientes, fruto de la conscripción voluntaria de miles de afiliados del partido colorado, la mayoría de extracción rural: los *pynandi*²⁸, aunque también de los obreros de la ORO²⁹. Aunque aparentemente estos diez o quince mil soldados conscriptos podrían ser considerados de menor jerarquía militar que los rebeldes, no hay que olvidar que la enorme mayoría de ellos tenía experiencia militar, habiendo combatido en la guerra del Chaco una década atrás

El levantamiento de la Marina y la insurrección obrera en Asunción

Mientras tanto, en Asunción, a los servicios de inteligencia de la dictadura llegaban diariamente los partes sobre los supuestos planes comunistas de sabotaje y subversión. Una vez garantizado que las diferentes unidades del ejército cercanas a la capital y del centro del país se habían mantenido leales, la atenta mirada del espionaje gubernamental se centró en la Armada, fuerza cuya jefatura era de antigua filiación liberal y de dudosa lealtad, y cuya base de marineros era de clara orientación febrerista-comunista. Según un documento secuestrado por la policía, el PCP y el COP estaban preparando clandestinamente una “insurrección general” en la capital:

ORDEN DEL DÍA – A TODOS LOS AFILIADOS DEL PARTIDO. – El Secretario General del Partido, estimando que los acontecimientos favorables en el frente de batalla como los levantamientos populares –aunque aislados – en el sur de la República y el combativo espíritu de las masas obreras y galleteras en la capital, indican que ha llegado el momento de librar la batalla decisiva en la Capital, volcando todas nuestras fuerzas, de la clase obrera y del pueblo en la gloriosa lucha por el triunfo de la Revolución libertadora, ha aprobado la siguiente orden del día para todos los afiliados y afiliadas del Partido: 1º) Declarar en estado de movilización permanente a todo el Partido (...). 2º) Todos los afiliados tienen el deber de ponerse en inmediato en vinculación, mantener inflexible ese contacto con sus grupos y células (...) 3º) Es deber de todos los afiliados aplicar sin vacilación y con energía la orden del N°1 cuando la dé el COP y el P., parando las fábricas, tráfico, bares, etc., de sus zonas, saliendo a la calle juntamente con todos los obreros y marchando hacia el centro...³⁰

²⁸ Palabra guaraní, “descalzos”, lo que denotaba su origen campesino.

²⁹ Volta Gaona menciona la participación de numerosos obreros colorados en la defensa de Asunción, en las postrimerías de la guerra civil. Enrique Volta Gaona, *La revolución del 47*, pp.89.

³⁰ Edgar L. Ynsfrán, *La irrupción moscovita en la marina paraguaya* (Asunción: s/d, 1947), p. 40.

Golpeados por la rápida persecución –que había llevado al encarcelamiento de muchos de sus dirigentes antes de que pudieran organizarla– esta insurrección tomaría recién una forma muy disminuida a finales de abril, cuando estallase la rebelión de la marina. Este plan de rebelión proyectaba como acciones: un paro general, la paralización de guiones rojos y pyragüés, el bloque de la policía y el sabotaje a los medios de comunicación, transporte y fábricas. El retraso en la rebelión de la marina se produjo por desentendimientos entre la cúpula militar, de orientación liberal, y los oficiales subalternos, más radicalizados. Finalmente cuando estalló la rebelión, por el apresamiento de muchos de los dirigentes políticos y sindicales durante marzo y abril, la misma no tuvo el impacto que los rebeldes esperaban. Y fue provocada por el mismo gobierno que, enterado de la conspiración, se adelantó a la misma.

Los combates se iniciaron la mañana del sábado 26 de abril y se sucedieron hasta la tarde del martes 29. Aunque el coronel Federico Smith, jefe de las fuerzas leales, inició negociaciones para lograr una salida pacífica y terminar el conflicto, logrando que la cúpula liberal de la marina se rindiera la tarde del domingo 27, los oficiales medios febreristas y comunistas, rechazaron la propuesta y eligieron combatir. La desconfianza en la negociación no era fruto de paranoia, mientras se hallaban en tregua y negociación, miembros del Guión Rojo, desautorizando al propio Smith entraron en dependencias de la marina con la orden de desarmar la fuerza, intento que los marinos rechazaron de plano poniendo fin a las negociaciones. El mismo Smith, jefe de los leales, tendría que renunciar al mando poco después. La dinámica del conflicto hacía que los sectores moderados, de uno y otro bando, perdieran terreno frente al avance de los sectores más radicalizados, como guionistas y comunistas. Edward Trueblood, Encargado de Negocios interino en Asunción, en su detallado informe sobre la guerra civil del 7 de mayo enviada al Departamento de Estado, comentaba que una vez abandonada la rebelión por la jefatura de la marina:

la insurrección pasó a manos de oficiales de menor rango y de reserva, secundados por civiles, la mayoría de los cuales eran febreristas y comunistas. Esta insurrección parece no contar con un liderazgo visible; se trata más bien de grupos aislados que plantean la lucha en unidades separadas, todo lo cual pudo muy bien haber salvado al gobierno de una derrota, ya que la insurrección cuenta con miles de combatientes bien armados, y algunos con un fanatismo fervoroso, como es el caso de los comunistas. Se afirma que éstos, en los últimos meses, han logrado una adhesión importante de los cuadros de la Marina, gracias al trabajo realizado con

los miembros de los sindicatos de trabajadores marítimos, a través de los cuales contaron con una excelente oportunidad de contactar con el personal militar de la Armada. De acuerdo a las versiones de un alto oficial del gobierno, quién tomó parte en esta contienda, fueron los obreros comunistas los que afrontaron el grueso de la lucha; y no sólo hombres, sino también mujeres (algunas de ellas muertas en combate) que expresaban fanatismo y coraje³¹.

Los marinos contaban con ochocientos hombres listos para combatir y capacidad para armar a dos mil. La cifra final de personas que pelearon nos es desconocida, pero muchísimos obreros marítimos, de trayectoria combativa en la LOM pelearon allí, como bien comenta Trueblood. Todas las referencias coinciden en que, en los barrios cercanos a la base naval, de cientos a miles de personas se plegaron a los marinos: estudiantes, mujeres y la población en general se sumaron a la pueblada para defender la “revolución”. Las tropas leales cercaron a la Marina el lunes, la Artillería atacó fuertemente sobre todo al Batallón de Defensa Fluvial (el más fuerte de los batallones marinos), en los alrededores los combates callejeros fueron terribles, con gran cantidad de bajas. El martes 29 a la tarde terminó el combate, los “sediciosos” que quedaban se subieron a un barco y cruzaron a la Argentina. Las fuerzas oficialistas contaron sólo la insólita cifra de 30 bajas, la policía militar menciona 74 (la mayoría civiles), la prensa internacional habló de más de mil, también mayormente civiles³². Nunca sabremos la cantidad de obreros y militantes populares que cayeron allí, pero de seguro fueron cientos. La derrota de la marina implicó una feroz sangría de obreros marítimos, la base de dicha sublevación.

Después de la derrota de la marina, se vino el “terror colorado”. Sajonia, el barrio marino epicentro de la rebelión, fue considerado como zona enemiga ocupada. Los guionistas sospechaban del “soviet” de Sajonia: el tráfico en el barrio fue detenido, las casas asaltadas sospechosas de albergar subversivos, se exigía en la calle el carnet de afiliación al Partido Colorado para circular libremente, los comercios se negaban a vender productos de primera necesidad a aquellos que sean “sospechosos”, etc.³³

La orgía de violencia desatada por los guionistas se vio avalada por el gobierno, que premiaba a las fuerzas “voluntarias” pynandí, incluso por encima de los oficiales leales. Se cometían todo tipo de abusos: oficiales de hoja servicio intachables eran acusados de subversivos sólo por no ser afiliados al partido colorado, figuras destacadas de la cultura y el arte tenían que escapar del país por su

³¹ Alcibiades González Delvalle, *El drama del 47*, p. 222

³² Edgar L. Ynsfrán, *La irrupción moscovita*, p. 70; Carlos Gómez, *La guerra civil de 1947*, pp. 99-100.

³³ Carlos Gómez, *La guerra civil de 1947*, p. 53.

militancia opositora, campos de concentración eran abiertos en remotos lugares del interior. Comenzaba el multitudinario exilio de personas, el más grande de la historia del país.

El fin de la guerra

La rebelión en el norte, mientras tanto, se estancaba, aunque lograba un importante triunfo en la batalla de Tacuatí, en el mes de junio. Tiempo antes, oficiales insurrectos tomaron el control de dos cañoneras paraguayas ubicadas en Buenos Aires, y muchos exiliados paraguayos en aquella ciudad más otros que se encontraban en Montevideo, se sumaron a la rebelión. Entre ellos estaba el viejo dirigente sindical febrerista, Francisco Gaona. Las cañoneras serían derrotadas en Yacyretá, el 28 de julio y Gaona sería gravemente herido en el combate. Sería su último acto político en el Paraguay, después de décadas de exilio, moriría en Merlo, Bs. As., en 1980.

En julio la situación de los rebeldes era precaria, Concepción estaba virtualmente cercada y a la diferencia numérica y de recursos se sumaba la falta de víveres, fruto del cierre de la frontera brasileña. Es así que los rebeldes decidieron abandonar la ciudad. La capital revolucionaria cayó el 31 de julio y fue anunciada por la radio nacional en todo el país. Se desataba el festejo de los gubernistas y colorados, festejo que rápidamente daría lugar a la alarma. Porque los rebeldes, en un movimiento sorpresa, de Concepción bajaron directamente a la Capital, por vía fluvial y conquistando los puertos más importantes por el camino. Ahora se encontraban a las puertas de la ciudad de Asunción.

El asalto de Asunción fue sangriento. El gobierno se reorganizó rápidamente, y con recursos superiores, pudo crear nuevas unidades militares para resistir el avance rebelde: contaba con los conscriptos colorados y las armas que le enviaba Perón. La lucha se fue haciendo más encarnizada a medida que se acercaba a la ciudad, donde la superioridad de recursos y logística del gobierno terminó de definir la contienda. Hacia el 18 de agosto, el gobierno había derrotado a los rebeldes y recuperado las localidades cercanas a la capital ocupada por estos.

Una vez finalizada la guerra, comenzó otra vez el terror. La matanza de soldados heridos y rendidos fue la regla. Los números de bajas, se mantienen imposibles de definir, en parte porque casi no fueron registradas. Oscar Peyrou menciona la cifra de 5 mil muertos, que, en vista de ninguna mejor, damos por válida³⁴.

³⁴ Oscar Peyrou, "Morínigo", en *Historia de América en el Siglo XX* (Buenos Aires: CEAL, 1974), tomo 2, p.107.

Conclusión

El saldo inequívoco de la guerra civil fue la hegemonía colorada en el país, que se extendería por más de medio siglo. Se había eliminado la oposición, con un salvajismo implacable. La atmósfera y el contexto llevaban al cometimiento de crímenes y venganzas personales que se extendían por todo el país. A la caza de comunistas y subversivos en las ciudades y puertos, los colorados del interior, en el llano por décadas, le sumaban la venganza con sus vecinos liberales, que los habían humillado por años. Como resultado de todo esto, decenas de miles de paraguayos debieron abandonar el país en una emigración masiva para salvar la vida, casi en su totalidad rumbo a la Argentina. El número de emigrantes como producto de la guerra civil oscila, según los diversos autores, entre los 80 y 400 mil respectivamente; si tomamos esta última cifra, un tercio de la población total del país debió abandonarlo en aquellos años. Debido al itinerario político posterior, muy pocos de ellos pudieron regresar. A la migración temporal, presente desde hacía tiempo, se le sumaba la migración definitiva que comenzaría a darse de manera continua desde entonces³⁵.

La guerra civil golpeó profundamente al PCP, el peso de la derrota y la represión de posguerra fue proporcional al rol jugado en el conflicto. Sus máximos dirigentes volvieron a exiliarse y muchos de sus cuadros murieron combatiendo durante el conflicto o fueron encarcelados y torturados por el régimen colorado. Comenzaba otra época en la historia del PCP, signada por el exilio de sus máximos dirigentes, las disputas internas y las acciones armadas emprendidas para derrocar la nueva y mucho más sangrienta dictadura encabezada por el Gral. Alfredo Stroessner, desde 1955. En la nueva etapa, el PCP privilegiaría, en un cambio radical de estrategia, la construcción del partido en las zonas rurales.

La dirección comunista-nacionalista del movimiento obrero, más sus cuadros medios y muchos simpatizantes de base, fueron casi completamente destruidos. Al saldo de muertos, detenidos y exiliados se sumó el peso moral y emotivo de la derrota en los que sobrevivieron. Desde entonces, la dirigencia sindical ya no llevaría consigo esa radicalidad que lo había caracterizado entre 1936 y 1947, dejando abierta su cooptación y permitiendo el sometimiento a la autoridad estatal, alcanzado en 1958. Como sucedió en el ejército (aproximadamente una octava parte de la tropa y oficialidad participó de las fuerzas rebeldes) y en el movimiento estudiantil, en el movimiento obrero los lugares vacíos fueron ocupados por militantes del Partido Colorado, produciéndose una “coloradización” del país, que no tardaría en llevarse consigo al mismo dictador Morínigo, en 1948.

³⁵ Sebastián Bruno, “La emergencia histórica de la matriz emigratoria paraguaya hacia Argentina. Transformaciones de la dinámica política en Paraguay entre 1935 y 1954 y sus implicancias poblacionales”, *Revista Paraguay desde las Ciencias Sociales*. Nro. 6, pp. 1-19.

El frente popular que uniera a obreros, ejército nacionalista y sectores progresistas de la sociedad civil, tan buscado por los comunistas, fue aplastado, abriendo de esa manera las puertas a un autoritarismo militar-colorado (bendecido por la diplomacia norteamericana) que después de un período de inestabilidad encontraría la figura que lo represente, en la trágica, sangrienta y duradera dictadura de Alfredo Stroessner (1954-1989).

Archivos:

Archivo Gaona

Centro de Documentación y Archivo, Corte Suprema de Justicia del Paraguay.

Bibliografía citada

Bonzi, Antonio (2001). *Proceso histórico del Partido Comunista Paraguayo. Un itinerario de luces y sombras*. Asunción: Arandurá Editorial.

Bruno, Sebastián (2015). La emergencia histórica de la matriz emigratoria paraguaya hacia Argentina. Transformaciones de la dinámica política en Paraguay entre 1935 y 1954 y sus implicancias poblacionales. *Revista Paraguay desde las Ciencias Sociales*. Nro. 6, pp. 1-19.

Creydt, Oscar (2007). *Formación histórica de la Nación Paraguaya. Pensamiento y vida del autor*. Asunción: Servilibro.

Gaona, Francisco (2008). *Introducción a la historia social y gremial del Paraguay. Tomo III*. Asunción: Germinal-Arandurá.

Gómez Florentín, Carlos (2013). *La Guerra Civil de 1947*. Asunción: El Lector.

González Delvalle, Alcibiades (2007). *El drama del 47. Documentos secretos de la guerra civil*. Asunción: El Lector.

Organización Internacional del Trabajo (1995). *Las relaciones laborales en el Paraguay*. Colección informes de la OIT, nro. 46, Madrid.

Rivarola, Milda (2010). *Obreros, utopías & revoluciones*. Asunción: Servilibro.

Rodríguez, José C. (2010). *El Paraguay bajo el nacionalismo (1936-1947)*. Asunción: El Lector.

Rosales, Humberto (2009). *Historia del Partido Comunista Paraguayo (1928-1990)*. Asunción: s/d.

Seiferheld, A. (2011). *Estigarribia. 20 años de vida política paraguaya*. Asunción: Servilibro.

Ynsfrán, Edgar L. (1947). *La irrupción moscovita en la marina paraguaya*. Asunción: s/d.